

Nueve punto cinco

Primera edición, octubre 2021

Nueve punto cinco

ISBN: 9798486136757

© Casa Editorial Abismos

© Aldonza González

Edición: Sidharta Ochoa

Diseño de interiores e ilustración de portada: Izaak Olán

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro.
Todos los derechos reservados.

Nueve punto cinco

Aldonza González

 **abismos**
casa editorial

Índice

Primera parte	9
Los últimos días	11
1. Cobrar conciencia	15
2. Reemplazar no es desechar	21
3. Un, dos, tres por Jaca	31
4. Zaragoza y la hija de Brad Pitt	35
5. Fotos y recuerdos	51
Segunda parte	55
Azabache	57
6. Dos son compañía	61
7. Fuegos Fatuos	65
8. Sonatina	73
9. Hermanos	85
10. Un tranvía llamado me muero	93
11. Madame Bovary	105
Tercera parte	133
Grabado	135
12. Cuenta regresiva	137
13. Gonzalo capital	143
14. Juego de damas	157
15. Sistema	173
Agradecimientos	177

PRIMERA PARTE

LOS ÚLTIMOS DÍAS

Decenas de jóvenes se amontonan en las inmediaciones de la plaza, refugiados debajo de los toldos y en los soportales de los edificios adyacentes. Una anciana se asoma desde la ventana de un inmueble herrumbroso y les grita que se vayan a sus casas. No espera respuesta. Escupe hacia la calle y acto seguido baja las persianas y se desentiende de una moda que a claras vistas desapruueba. A mí también me generó rechazo la idea cuando me la explicaron por primera vez, pero aquí estoy, escondida entre la multitud, a la espera de que caigan las primeras gotas de lluvia. Una lluvia que, en ciudades contaminadas como esta, se ha vuelto tan ácida que lastima la piel. La quema y la marca de forma permanente. Y aunque existe ropa especial que, en teoría, protege de los efectos de la carnicería pluvial, la mayoría de la gente prefiere quedarse en casa cuando las nubes amenazan con tormenta.

Los únicos que se lanzan a las calles cuando hay pronóstico de lluvia son los que quieren experimentar con sus cuerpos; los alternativos, los contestatarios. «Los tatuajes ya no gustan. Son demasiado anticuados», dicen algunos. «La cicatriz de lluvia es más artesanal», argumentan otros. El caso es que aquí se juegan, literalmente, la piel en busca de una marca que los haga únicos.

Algunos se tiran al ruedo vistiendo patrones de tela recortados para que la lluvia les moje la piel solo en donde a ellos les interesa. La profundidad o extensión de las cicatrices finales dependerá

de cómo hayan realizado el baile. Porque bailan. Así es el ritual. Cuando llueve, salen y danzan, moviendo sus cuerpos para que las gotas trabajen sobre ellos como lo haría un pintor con un lienzo en blanco.

Y en medio de esta multitud, yo.

Me quito la blusa y me rasgo los pantalones por encima de las rodillas. Me quedo con el torso y los muslos semidesnudos, esperando mi turno para bailar. Para reclamar propiedad sobre este cuerpo que muchos aseguran que no me pertenece. Para dejar que la lluvia dibuje profundas cicatrices que me recuerden que estuve aquí, que existí, que siento y que no soy desechable. Y si me desechan, que me recuerden así: herida, maltratada, impura.

Caen las primeras gotas y salen los ansiosos. Alguien toca unos tambores. Miro en dirección a la música y veo un par de chicos que golpean extasiados los instrumentos. Están a cubierto, pero sus espíritus están en la plaza, anhelando el incipiente aguacero que moja al primer grupo. Las siluetas se retuercen y saltan al compás de las percusiones. No se les ve el rostro, la mayoría lo lleva cubierto; sin embargo, sus ojos chispean jubilosos. Es una fiesta.

Me limpio la nariz con el dorso de la mano y me aventuro hacia el centro de la plaza en cuanto se abre un hueco. Es apenas una llovizna; no obstante, en tan solo unos segundos empiezo a sentir un ligero escozor en la espalda. Tengo que moverme. El fuerte golpeo de los tambores me ayuda a entrar en trance y a acompañar los latidos de mi corazón. Me pongo a bailar. Durante el tiempo que permanezco bajo la lluvia, me siento poderosa. Tengo el control. Nadie me dice lo que puedo y lo que no puedo hacer. Y soy mía. No un cuerpo prestado que pronto ya no interesará a nadie. Me quito el trozo de tela que me había anudado a modo de máscara y levanto el rostro hacia el cielo con los ojos cerrados. La lluvia me salpica los labios, los párpados y las mejillas, y yo la recibo con una

sonrisa abierta, deseando que estas gotas sean capaces no solo de horadarme la carne, sino de quitarme las malditas ganas que tengo de permanecer aquí.